libertarme. *(Pausa.)* Mi hermano no ha muerto, lo sé. Y lo espero.

ORESTES. — ¿Y si no viniera?

ELECTRA. — Vendrá, no puede dejar de venir. Es de nuestra raza, ¿comprendes?; lleva el crimen y la desgracia en la sangre, como yo. Es algún soldado, con los grandes ojos rojos de nuestro padre, siempre fermentando una cólera; sufre, se ha enredado en su destino como los caballos destripados enredan las patas en sus intestinos, y ahora, con cualquier movimiento que haga, se arranca las entrañas. Vendrá; esta ciudad lo atrae, estoy segura, porque aquí es donde puede hacer más daño. Vendrá con la frente baja, sufriendo y piafando. Me da miedo: todas las noches lo veo en sueños y me despierto gritando. Pero lo espero y lo amo. Tengo que quedarme aquí para guiar su ira —porque yo tengo cabeza—, para señalarle con el dedo a los culpables y decirle: "¡Pega, Orestes, pega, aquí están!"

ORESTES. — ¿Y si no fuera como tú lo imaginas?

ELECTRA. — ¿Cómo quieres que sea el hijo de Agamenón y de Clitemnestra?

ORESTES. — ¿Si estuviera cansado de toda esa sangre, por haber crecido en una ciudad dichosa?

ELECTRA. — Entonces le escupiría en la cara y le diría: "Vete, perro, vete con las mujeres, porque no eres otra cosa que una mujer. Pero haces un mal cálculo: eres el nieto de Atreo, no escaparás al destino de los Atridas. Has preferido la vergüenza al crimen, eres libre. Pero el destino irá a buscarte a tu lecho: Tendrás primero la vergüenza y luego cometerás el crimen, ¡a pesar de ti mismo!"

ORESTES. — Electra, soy Orestes.

ELECTRA *(dando un grito)*. — ¡Mientes!

ORESTES. — Por los manes de mi padre Agamenón, te lo juro: soy Orestes. *(Silencio.)* Bueno, ¿qué esperas para escupirme en la cara?

ELECTRA. — ¿Cómo podría hacerlo? *(Lo mira.)* Esa hermosa frente es la frente de mi hermano. Esos ojos que brillan son los ojos de mi hermano. Orestes... ¡Ah! Hubiera preferido que siguieras siendo Filebo y que mi hermano hubiese muerto. *(Tímidamente.)* ¿Es cierto que has vivido en Corinto?

ORESTES. — No. Fueron unos burgueses de Atenas quienes me educaron.

ELECTRA. — Qué joven pareces. ¿Nunca has luchado? La espada que llevas al costado, ¿nunca sirvió?

ORESTES. — Nunca.

ELECTRA. — Me sentía menos sola cuando no te conocía: esperaba al otro. Sólo pensaba en su fuerza y nunca en mi debilidad. Ahora estás aquí; Orestes, eras tú. Te miro y veo que somos dos huérfanos. *(Una pausa.)* Pero te quiero, ¿sabes? Más de lo que lo hubiera querido a él.

ORESTES. — Ven si me quieres; huyamos juntos.

ELECTRA. — ¿Huir? ¿Conmigo? No. Aquí es donde se juega la suerte de los Atridas y yo soy una Atrida. No te pido nada. No quiero pedir nada más a Filebo. Pero me quedo aquí.

(JÚPITER *aparece en el fondo de la escena y se oculta para escucharlos.)*

ORESTES. — Electra, soy Orestes... tu hermano. Yo también soy un Atrida, y tu lugar está a mi lado.

ELECTRA. — No. No eres mi hermano y no te conozco. Orestes ha muerto, mejor para él; en adelante honraré a sus manes junto con los de mi padre y los de mi hermana. Pero tú que vienes a reclamar el nombre de Atrida, ¿quién eres para decirte de los nuestros? ¿Te has pasado la vida a la sombra de un asesinato? Debías de ser un niño tranquilo con un aire suave y reflexivo, el orgullo de tu padre de adopción, un niño bien lavado, con los ojos brillantes de confianza. Tenías confianza en todos porque te hacían grandes sonrisas en las mesas, en las camas, en los peldaños de las escaleras, porque son fieles servidores del hombre; en la vida, porque eras rico y tenías muchos juguetes; debías de pensar a veces que el mundo no estaba tan mal y que era un placer abandonarse en él como en un buen baño tibio, suspirando de satisfacción. Yo a los seis años era sirvienta y desconfiaba de todo. *(Pausa.)* Vete, alma bella. Nada tengo que hacer con las almas bellas: lo que yo quería era un cómplice.

ORESTES. — ¿Piensas que te dejaré sola? ¿Qué harías aquí, una vez perdida hasta tu última esperanza?

ELECTRA. — Eso es asunto mío. Adiós, Filebo.

ORESTES. — ¿Me echas? *(Da unos pasos y se detiene.)* ¿Es culpa mía si no me parezco al bruto irritado que esperabas? Lo hubieras tomado de la mano y le hubieras dicho: "¡Pega!". A mí no me has pedido nada. ¿Quién soy yo, Dios mío, para que mi propia hermana me rechace sin haberme probado siquiera?

ELECTRA. — Ah, Filebo, nunca podrá cargar con semejante peso tu corazón sin odio.

ORESTES (*abrumado*). — Dices bien: sin odio. Sin amor tampoco. A ti hubiera podido quererte. *Hubiera podido*... ¿Pero qué? Para amar, para odiar, hay que entregarse. Es hermoso el hombre de sangre rica, sólidamente plantado en medio de sus bienes, que se entrega un buen día al amor, al odio, y que entrega con él su tierra, su casa y sus recuerdos. ¿Quién soy y qué tengo para dar? Apenas existo: de todos los fantasmas que ruedan hoy por la ciudad, ninguno es más fantasma que yo. He conocido amores de fantasmas, vacilantes y ralos como vapores; pero ignoro las densas pasiones de los vivos. *(Pausa.)* ¡Vergüenza! He vuelto a mi ciudad natal y mi hermana se ha negado a reconocerme. ¿Dónde iré? ¿Qué ciudad he de frecuentar?

ELECTRA. — ¿No hay alguna donde te espere una mujer de hermoso rostro?

ORESTES. — Nadie me espera. Voy de ciudad en ciudad, extranjero para los demás, y para mí mismo, y las ciudades se cierran tras de mí como el agua tranquila. Si me voy de Argos, ¿qué quedará de mi paso sino el amargo desencanto de tu corazón?

ELECTRA. — Me has hablado de ciudades felices...

ORESTES. — Poco me importa la felicidad. Quiero mis recuerdos, mi suelo, mi lugar en medio de los hombres de Argos. *(Un silencio.)* Electra, no me iré de aquí.

ELECTRA. — Filebo, vete, te lo suplico: me das lástima, vete si me quieres; sólo pueden sucederte cosas malas, y tu inocencia haría fracasar mis proyectos.

ORESTES. — No me iré.

ELECTRA. — ¿Y crees que te dejaré, así en tu pureza inoportuna, juez intimador y mudo de mis actos? ¿Por qué te empecinas? Aquí nadie quiere saber nada de ti.

ORESTES. — Es mi única posibilidad. Electra, no puedes negármela. Compréndeme: quiero ser un hombre de algún lado, un hombre entre los hombres. Mira, un esclavo, cuando pasa cansado y ceñido, con una pesada carga, arrastrando las piernas y mirando a sus pies, exactamente a sus pies para evitar una caída, está en su ciudad, como una hoja en el follaje, como el árbol en la selva; Argos lo rodea, pesada y caliente, llena de sí misma; quiero ser ese esclavo. Electra, quiero arrimar la ciudad a mi alrededor y envolverme en ella como en una manta. No me iré.

ELECTRA. — Aunque te quedes cien años entre nosotros, nunca dejarás de ser un extranjero, más solo que en un camino. Las gentes te mirarán de soslayo, entre sus párpados semicerrados, y bajarán la voz cuando pases junto a ellos.

ORESTES. — ¿Entonces es tan difícil serviros? Mi brazo puede defender la ciudad, y tengo oro para aliviar a vuestros pobres.

ELECTRA. — No nos faltan capitanes ni almas piadosas para hacer el bien.

ORESTES. — Entonces...

(Da unos pasos con la cabeza baja. JÚPITER *aparece y lo mira frotándose las manos.)*

ORESTES *(alzando la cabeza).* — ¡Si por lo menos viera claro! Ah, Zeus, Zeus, dios del cielo, rara vez he recurrido a ti, y no me has sido favorable, pero eres testigo de que nunca he querido otra cosa que el Bien. Ahora estoy cansado, ya no distingo el Bien del Mal y necesito que me señalen el camino. Zeus, ¿en verdad el hijo de un rey, expulsado de su ciudad natal habrá de resignarse santamente al exilio y de largarse con la cabeza gacha, como un cordero? ¿Es ésa tu voluntad? No puedo creerlo. Y sin embargo..., sin embargo has prohibido el derramamiento de sangre... ¡Ah! Quién habla de derramar sangre, ya no sé lo que digo... Zeus, te lo imploro: si la resignación y la abyecta humildad son las leyes que me impones, manifiéstame tu voluntad mediante alguna señal, porque ya no veo nada claro.

JÚPITER *(para sí).* — ¡Pero vamos, hombre: a tus órdenes! ¡Abraxas, abraxas, tsé-tsé!
(La luz forma una aureola alrededor de la piedra.)

ELECTRA *(se echa a reír).* — ¡Ah! ¡Ah! ¡Hoy llueven milagros! ¡Mira, piadoso Filebo, mira lo que se gana consultando a los dioses! *(Suelta una risa destemplada.)* Buen muchacho... Piadoso Filebo: "¡Hazme una señal, Zeus, hazme una señal!" Y la luz resplandece alrededor de la piedra sagrada. ¡Vete! ¡A Corinto! ¡A Corinto! ¡Vete!

ORESTES *(mirando la piedra).* — Entonces... ¿*eso* es el Bien? *(Una pausa; sigue mirando la piedra.)* Agachar el lomo. Bien agachado. Decir siempre "Perdón" y "Gracias"... ¿es eso? (*Una pausa; sigue mirando la piedra.*) El Bien. El Bien *ajeno*... *(Otra pausa.)* ¡Electra!

ELECTRA. — Vete rápido, vete rápido. No decepciones a la juiciosa nodriza que se inclina sobre ti desde lo alto del Olimpo. *(Se detiene, cortada.)* ¿Qué tienes?

ORESTES *(con voz cambiada).* — Hay otro camino.

ELECTRA *(aterrada).* — No te hagas el malo, Filebo. Has pedido las órdenes de los dioses: bueno, ya las conoces.

ORESTES. — ¿Órdenes?... Ah, sí... ¿Quieres decir esa luz alrededor del guijarro grande? Esa luz no es para mí; y nadie puede darme órdenes ya.

ELECTRA. — Hablas con enigmas.

ORESTES. — ¡Qué lejos estás de mí, de pronto..., cómo ha cambiado todo! Había a mi alrededor algo vivo y cálido. Algo que acaba de morir. Qué vacío está todo... ¡Ah! Qué vacío inmenso, interminable... *(Da unos pasos.)* Cae la noche... ¿No te parece que hace frío?... ¿Pero qué es... qué es lo que acaba de morir?

ELECTRA. — Filebo...

ORESTES. — Te digo que hay otro camino..., mi camino... ¿No lo ves? Parte de aquí y baja hacia la ciudad. Es preciso bajar, ¿comprendes?, bajar hasta vosotros, estáis en el fondo de un agujero, bien en el fondo... (*Se adelanta hacia* ELECTRA.) Tú eres *mi* hermana, Electra, y esta ciudad es *mi* ciudad. ¡Hermana *mía!*
(Le toma el brazo.)

ELECTRA. — ¡Déjame! me haces daño, me das miedo y no te pertenezco.

ORESTES. — Ya lo sé. Todavía no: soy demasiado ligero. Tengo que lastrarme con un crimen bien pesado que me haga ir a pique hasta el fondo de Argos.

ELECTRA. — ¿Qué vas a intentar?

ORESTES. — Espera. Déjame decir adiós a esta ligereza sin tacha que fue la mía. Déjame decir adiós a mi juventud. Hay noches, noches de Corinto o de Atenas, llenas de cantos y de olores, que ya no me pertenecerán nunca más. Mañanas llenas de esperanzas también... ¡Vamos, adiós! ¡Adiós! *(Se acerca a* ELECTRA.) Ven, Electra, mira nuestra ciudad. Allí está, roja bajo el sol, con hombres y moscas que zumban, en el embotamiento obstinado de una tarde de verano; me rechaza con todos sus muros, con todos sus relatos, con todas sus puertas cerradas. Y sin embargo está para que la tomen, lo sé desde esta mañana. Y tú también, Electra, estás para que te tomen. Os tomaré. Me convertiré en hacha y hendiré en dos esas murallas empecinadas, abriré el vientre de esas casas santurronas, exhalarán por sus heridas abiertas un olor a bazofia y a incienso; me convertiré en destral y me hundiré en el corazón de esa ciudad como el destral en el corazón de una encina.

ELECTRA. — Cómo has cambiado: ya no brillan tus ojos; están apagados y sombríos. ¡Ay! Eras tan dulce, Filebo. Y ahora me hablas como me hablaba el otro en sueños.

ORESTES. — Escucha: supón que asumo todos los crímenes de todas esas gentes que tiemblan en cuartos oscuros, rodeados por sus queridos difuntos. Supón que quiero merecer el nombre de "Ladrón de remordimientos" y que instalo en mí toda su contrición: la de la mujer que engañó a su marido, la del comerciante que dejó a su madre, la del usurero que esquilmó hasta la muerte a sus deudores. Dime, ese día, cuando esté atormentado por remordimientos más numerosos que las moscas de Argos, por todos los remordimientos de la ciudad, ¿no habré adquirido derecho de ciudadanía entre vosotros? ¿No estaré en mi casa, entre vuestras murallas ensangrentadas, como el carnicero de delantal rojo está en su casa en la tienda, entre los bueyes sangrientos que acaba de degollar?

ELECTRA. — ¿Quieres expiar por nosotros?
ORESTES. — ¿Expiar? He dicho que instalaré en mí vuestros arrepentimientos, pero no he dicho lo que haré con esos pájarracos vocingleros: quizá les tuerza el pescuezo.
ELECTRA. — ¿Y cómo podrías cargar con nuestros males?
ORESTES. — No pedís otra cosa que deshaceros de ellos. Sólo el rey y la reina los mantienen a la fuerza en vuestros corazones.
ELECTRA. — El rey y la reina... ¡Filebo!
ORESTES. — Los dioses son testigos de que yo no quería derramar sangre.
(Largo silencio.)
ELECTRA. — Eres demasiado joven, demasiado débil...
ORESTES. — ¿Vas a retroceder, ahora? Escóndeme en el palacio, llévame esta noche al lecho real y ya verás si soy demasiado débil.
ELECTRA. — ¡Orestes!
ORESTES. — ¡Electra! Me has llamado Orestes por primera vez.
ELECTRA. — Sí. Eres tú. Eres Orestes. No te reconocía porque no te esperaba así. Pero este gusto amargo en la boca, este gusto a fiebre, mil veces lo he sentido en mis sueños, me encuentro en el umbral de un acto irreparable, y tengo miedo, como en sueños. ¡Oh momento tan esperado y tan temido! Ahora los instantes se encadenarán como los engranajes de un mecanismo, y ya no tendremos descanso hasta que estén acostados los dos de espaldas, con rostros semejantes a muros derruidos. ¡Toda esa sangre! Y eres tú quien la derramará, tú, que tenías ojos tan dulces. Ay, nunca volveré a ver aquella dulzura, nunca volveré a ver a Filebo. Orestes, eres mi hermano mayor y el jefe de nuestra familia, tómame en tus brazos, protégeme porque vamos al encuentro de padecimientos muy grandes.
(ORESTES *la toma en sus brazos.* JÚPITER *sale de su escondite y se va con paso furtivo.)*

TELÓN

Segundo cuadro

En el palacio; la sala del trono. Una estatua de Júpiter, terrible y ensangrentada. Cae el día.

Escena I

ELECTRA. *Llega primero y hace una señal a* ORESTES *para que entre.*

ORESTES. — ¡Viene alguien!
(Echa mano a la espada.)
ELECTRA. — Son soldados que hacen la ronda. Sígueme: vamos a escondernos por aquí.
(Se esconden detrás del trono.)

Escena II

LOS MISMOS *(escondidos)* - DOS SOLDADOS

PRIMER SOLDADO. — No sé qué tienen las moscas hoy: están enloquecidas.
SEGUNDO SOLDADO. — Huelen a los muertos y eso las alegra. Ya no me atrevo a bostezar por miedo de que se me hundan en el hocico abierto y vayan a hacer un *tíovivo* en el fondo de mi gaznate. (ELECTRA *aparece un instante y se oculta.)* Oye, algo ha crujido.
PRIMER SOLDADO. — Es Agamenón que se sienta en el trono.
SEGUNDO SOLDADO. — ¿Y sus anchas nalgas hacen crujir las ma-

deras del asiento? Imposible, colega, los muertos no pesan.

PRIMER SOLDADO. — La plebe es la que no pesa. Pero él, antes de ser un muerto real, era un real vivo que pesaba, un año con otro, sus ciento veinticinco kilos. Es muy raro que no le queden algunas libras.

SEGUNDO SOLDADO. — Entonces... ¿crees que está ahí?

PRIMER SOLDADO. — ¿Dónde quieres que esté? Si yo fuera un rey muerto y tuviera todos los años un permiso de veinticuatro horas, seguro que volvería a sentarme en mi trono y me pasaría allí el día repasando los buenos recuerdos sin hacer daño a nadie.

SEGUNDO SOLDADO. — Dices eso porque estás vivo. Pero si no lo estuvieras, tendrías tantos vicios como los demás. *(El* PRIMER SOLDADO *le da una bofetada.)* ¡Epa! ¡Epa!

PRIMER SOLDADO. — Es por tu bien; mira, maté siete de un golpe, todo un enjambre.

SEGUNDO SOLDADO. — ¿De muertos?

PRIMER SOLDADO. — No. De moscas. Tengo las manos llenas de sangre. *(Se limpia en los calzones.)* Moscas puercas.

SEGUNDO SOLDADO. — Ojalá hubieran nacido muertas. Mira todos los hombres muertos que están aquí: no dicen esta boca es mía, se las arreglan para no molestar. Si las moscas reventaran sería lo mismo.

PRIMER SOLDADO. — Calla; si pensara que había aquí moscas fantasmas...

SEGUNDO SOLDADO. — ¿Por qué no?

PRIMER SOLDADO. — ¿Te das cuenta? Revientan millones de estos animalitos por día. Si hubieran soltado por la ciudad todas las que murieron desde el verano pasado, habría trescientas sesenta y cinco muertas por una viva dando vueltas a nuestro alrededor. ¡Puah! El aire estaría azucarado de moscas, comeríamos moscas, respiraríamos moscas, bajarían en chorros viscosos por nuestros bronquios y nuestras tripas... Oye, quizás sea por eso que flotan en esta cámara olores tan singulares.

SEGUNDO SOLDADO. — ¡Bah! A una sala de mil pies cuadrados como ésta, bastan algunos muertos humanos para apestarla. Dicen que nuestros muertos tienen mal aliento.

PRIMER SOLDADO. — ¡Escucha! Esos hombres se sacan los ojos...

SEGUNDO SOLDADO. — Te digo que hay algo: el piso cruje.

(Van a mirar detrás del trono por la derecha; ORESTES *y* ELECTRA *salen por la izquierda, pasan delante de las gradas del trono y vuelven a su escondite por la derecha, en el momento en que los soldados salen por la izquierda.)*

PRIMER SOLDADO. — Ya ves, no hay nadie. ¡Es Agamenón, te lo dije, maldito Agamenón! Ha de estar sentado sobre esos cojines, derecho como una estaca, y nos mira; no tiene otra cosa en qué emplear el tiempo sino en mirarnos.

SEGUNDO SOLDADO. — Haríamos bien en rectificar la posición; paciencia si las moscas hacen cosquillas en la nariz.

PRIMER SOLDADO. — Preferiría estar en el cuerpo de guardia, jugando una buena partida. Allá los muertos que vuelven son compañeros, simples gorrones como nosotros. Pero cuando pienso que el difunto rey está aquí y que cuenta los botones que faltan a mi chaqueta, me siento raro, como cuando el general pasa revista.

(Entran EGISTO, CLITEMNESTRA, *servidores con lámparas.)*

EGISTO. — Que nos dejen solos.

Escena III

EGISTO - CLITEMNESTRA - ORESTES *y* ELECTRA *(escondidos)*

CLITEMNESTRA. — ¿Qué tenéis?

EGISTO. — ¿Habéis visto? Si no los hubiera aterrorizado, se libraban en un santiamén de sus remordimientos.

CLITEMNESTRA. — ¿Sólo eso os inquieta? Siempre sabréis enfriarles el coraje en el momento deseado.

EGISTO. — Es posible. Soy harto hábil para esas comedias. *(Pausa.)* Lamento haber tenido que castigar a Electra.

CLITEMNESTRA. — ¿Por qué ha nacido de mí? Habéis querido hacerlo, y encuentro bien todo lo que hacéis.

EGISTO. — Mujer, no lo lamento por ti.

CLITEMNESTRA. — ¿Entonces por qué? Vos no amáis a Electra.

EGISTO. — Estoy cansado. Hace quince años que sostengo en el aire, con el brazo tendido, el remordimiento de todo un pueblo. Hace quince años que me visto como un espantajo; todas estas ropas negras han terminado por desteñir sobre mi alma.

CLITEMNESTRA. — Pero señor, yo misma...

EGISTO. — Lo sé, mujer, lo sé: vas a hablarme de tus remordimientos. Bueno, te los envidio, te amueblan la vida. Yo no los tengo, pero nadie en Argos es tan triste como yo.

CLITEMNESTRA. — Mi querido señor...
(Se acerca a él.)

EGISTO. — ¡Déjame, ramera! ¿No tienes vergüenza, delante de sus ojos?

CLITEMNESTRA. — ¿Delante de sus ojos? ¿Y quién nos ve?

EGISTO. — ¿Quién? El rey. Han soltado a los muertos esta mañana.

CLITEMNESTRA. — Señor, os lo suplico... Los muertos están bajo tierra y no nos molestarán tan pronto. ¿Habéis olvidado que vos mismo inventasteis esas fábulas para el pueblo?

EGISTO. — Tienes razón, mujer. Bueno, ¿ves qué cansado estoy? Déjame, quiero recogerme.
(CLITEMNESTRA *sale.*)

Escena IV

EGISTO - ORESTES *y* ELECTRA *(escondidos)*

EGISTO. — ¿Es éste, Júpiter, el rey que necesitabas para Argos? Voy, vengo, sé gritar con voz fuerte, paseo por todas partes mi alta y terrible apariencia, y los que me ven se sienten culpables hasta la médula. Pero soy una cáscara vacía: un animal me ha comido el interior sin que yo me diera cuenta. Ahora miro en mí mismo y veo que estoy más muerto que Agamenón. ¿Dije que estaba triste? Mentí. El desierto, la nada innumerable de las arenas bajo la nada lúcida del cielo no es triste ni alegre: es siniestra. ¡Ah, daría mi reino por derramar una lágrima!

Escena V

LOS MISMOS - JÚPITER

JÚPITER. — Quéjate: eres un rey semejante a todos los reyes.

EGISTO. — ¿Quién eres? ¿Qué vienes a hacer aquí?

JÚPITER. — ¿No me reconoces?

EGISTO. — Sal de aquí o te hago apalear por los guardias.

JÚPITER. — ¿No me reconoces? Sin embargo me has visto. Fue en sueños. Es cierto que tenía un porte más terrible. *(Truenos, relámpagos.* JÚPITER *adopta el porte terrible.)* ¿Y así?

EGISTO. — ¡Júpiter!

JÚPITER. — Aquí estamos. *(Vuelve a la sonrisa, se acerca a la estatua.)* ¿Soy yo, esto? ¿Así me ven los habitantes de Argos cuando rezan? Diablos, es raro que un dios pueda contemplar su imagen cara a cara. *(Una pausa.)* ¡Qué feo soy! No han de quererme mucho.

EGISTO. — Os temen.

JÚPITER. — ¡Perfecto! De nada me sirve que me quieran. ¿Tú me quieres?

EGISTO. — ¿Qué deseáis de mí? ¿No he pagado bastante?

JÚPITER. — ¡Nunca bastante!

EGISTO. — Echo los bofes.

JÚPITER. — ¡No exageres! Lo pasas bastante bien y estás gordo. Por lo demás, no te lo reprocho. Es grasa real de la buena, amarilla como cebo de vela, como debe ser. Tienes pasta para vivir veinte años más.

EGISTO. — ¡Veinte años más!

JÚPITER. — ¿Deseas morir?

EGISTO. — Sí.

JÚPITER. — Si alguien entrara aquí con una espada desnuda, ¿ofrecerías el pecho a esa espada?

EGISTO. — No sé.

JÚPITER. — Escúchame bien; si te dejas degollar como un ternero serás castigado de manera ejemplar; seguirás siendo rey en el Tártaro por toda la eternidad. Eso es lo que he venido a decirte.

EGISTO. — ¿Alguien trata de matarme?

JÚPITER. — Así parece.

EGISTO. — ¿Electra?

JÚPITER. — Otro también.

EGISTO. — ¿Quién?

JÚPITER. — Orestes.

EGISTO. — ¡Ah! (*Una pausa.*) Bueno, está escrito, ¿qué puedo hacer?